

Sobre reforma universitariaⁱ

La agitación estudiantil producida en Córdoba y en nuestra ciudad. Se presenta con caracteres que la hacen desde luego merecedora a la atención pública.

Hay en esa agitación, cuyo foco está en los círculos estudiantiles cordobeses, y que se ha propagado a los demás centros universitarios del país, un fondo innegable de razón que no permite confundirla con uno de esos frecuentes desplantes de muchachada inexperta y bullanguera.

Por eso, porque reconoce la seriedad del movimiento, nos interesa puntualizar algunas observaciones que nos sugieren ciertas actitudes que amenazan desvirtuarlo en una agitación tendenciosa, inspirada en móviles mezquinos de propaganda antirreligiosa.

Parece ser que ciertos elementos, de los que tiene la dirección del movimiento atribuyen las deficiencias que vician el régimen universitario en todo el país, y particularmente en Córdoba, a la influencia de lo que ellos llaman el “prejuicio religioso”. La causa de todos los errores que señalan y censuran, en los planes de estudios, en la organización legal y en el régimen interno de las universidades, en la constitución de las academias y en la formación de los cuerpos docentes de las mismas) la causa de todos esos errores la descubren dichos señores en las convicciones religiosas profesadas, según ello, por la mayoría de los dirigentes de las universidades. Y al defender sus ideales de reforma, llevan su ataque (como si tuvieran una relación una cosa con otra) a las ideas religiosas, y, más concretamente, a las ideas católicas.

Hace dos días, se celebró en el local de la Federación universitaria de esta ciudad, una asamblea organizada para exteriorizar la solidaridad de los estudiantes porteños con la actitud asumida por la Federación universitaria de Córdoba. Hablaron en esta asamblea los delegados de diversos centros de estudiantes de la capital y algunos delegados del interior. Pues bien. Nos es peonoso debe manifestar que (salvo honrosas excepciones, tales los discursos del señor Watson, presidente de la federación, y el señor Bullrich, presidente del Centro de estudiantes de derecho) la nota predominante de los discursos pronunciados fue un ataque, inconsiderado, injustificado, pero sobre todo inoportuno, a convicciones religiosas que compartirían, a no dudarlo, buena parte de los estudiantes allí presentes, y a quienes tales convicciones no les habían impedido ir a significar con su presencia en asamblea su adhesión consiente y razonada a un esfuerzo respetable y nobilísimo por el progreso intelectual del país.

Y (viene a decirlo), esas mismas convicciones católicas, profunda y prácticamente profesadas, no impidieron tampoco a varios de los más eminentes universitarios cordobeses, católicos a machamartillo, iniciar o propiciar, algún tiempo ha, un movimiento inspirado en razones y móviles idénticos a los que inspiran el actual. Recuérdese la iniciativa del doctor Antonio Nores, distinguido universitario y personaje descollante del catolicismo militante de Córdoba, iniciativa recordada a en el memorial presentado en diciembre de 1917 al ministro de instrucción pública de la universidad cordobesa.

Bastaría este recuerdo para demostrar el extravío de los que quieren hacer la propaganda pro reforma universitaria una propaganda anticatólica. Más, si no bastara, ¿no están ahí las grandes universidades libres católicas, norteamericanas y europeas, centros científicos de fama universal, y cuyas cátedras han solido y suelen servir de tribuna a las cumbres más altas de la ciencia contemporánea? ¿No desmienten esas grandes instituciones modernas consagradas al desarrollo de la ciencia, y que viven bajo la égida de la fe católica, a los que quieren buscar en ésta la causa del fracaso de una universidad?

Aquellos, pues, que toman esta agitación como pretexto para desahogar sus animosidades contra el catolicismo, perjudican en gran manera y hasta hacen peligrar el éxito del movimiento, mientras presumen luchar por él; lo desprestigian con las vulgaridades de un anticlericalismo plebeyo, atrasado, fuera de combate; lo desnaturalizan en sus caracteres y en sus fines nobilísimos; le enajenan la simpatía de muchos que con buena voluntad cooperarían a su triunfo, y que no podrán hacerlo, si se persiste en esta tendencia extraviada, por no solidarizarse con ella.

Y esta antipatía, o cuando menos, la actitud recelosa de estas personas, podría llegar hasta a determinar el fracaso de su esfuerzo, el secreto de una victoria está en la solidaridad de pensamiento y de acción de todo el gremio estudiantil.

Nos hemos referido con elogio al discurso del señor Bullrich, presidente del Centro de estudiantes de derecho.

Esperamos que ese discurso sea la interpretación fiel del sentimiento estudiantil. Sereno, ponderado, conceptuoso, prudente, el señor Bullrich estudió bien el problema de la reforma que se preconizaba, planteando con firmeza las dificultades que su realización práctica ha de ofrecer, y sometiendo a un análisis severo y frío las teorizaciones fáciles y las exageraciones pueriles a que se presta tanto la materia.

A la dilucidación de esas dificultades, a la mejor solución de todas las cuestiones prácticas que se prevén, deben encaminarse los afanes de los estudiantes. Y eso será trabajar eficazmente por la reforma que tanto se dice anhelar, ciertamente, con sinceridad. Aquello, en cambio, es crear odiosidades y suscitar divisiones en torno a un ideal simpático, digno de ser estimulado y merecedor de un aplauso que nos es placentero tributarle.

ⁱ *El Pueblo*, 14/04/1918.